

Sin suspender las representaciones del tercer teatro, situado al fondo y a la derecha del actual Principal, se dió principio a la obra, bajo la dirección de José Eduardo Herrera y Manuel Alvarez, que duraron en concluirla un año. Tenía techo de *zauizami* o aguardillado. De acuerdo con las disposiciones vigentes, las funciones empezaban a las 2 en invierno y a las 3 en verano, habiendo tenido lugar su apertura el 23 de diciembre de 1753, con la obra *Mejor está que estaba*, y con asistencia del virrey Güemes y Horcasitas y su real consorte Doña Antonia Padilla.

El patio tenía asientos sólo hasta la mitad, y en el resto, denominado *Mosquete*, permanecían de pie los espectadores. Constaba de tres órdenes de palcos y cazuela. La temporada daba principio el domingo de Pascua, para clausurarse el miércoles de Ceniza.

Por esa época, SOR JUANA INES DE LA CRUZ había ya escrito sus obras: *Amor es más laberinto* y *Los empeños de una casa*; JUAN ARRIOLA, *No hay mayor mal que los celos*; CAYETANO CABRERA, *La esperanza malograda* y *El iris de Salamanca*; FRANCISCO SORIA, *Guillermo Duque de Aquitania*, *La mágica mexicana*, *Genoveva* y otras.

El Conde de Revillagigedo entregó el mando al Marqués de las Amarillas

en 1755; este virrey arrendó el coliseo a José de Calvo Rendón, y, gracias a este laborioso empresario y a la feliz circunstancia de reinar en España el preclaro Carlos III, por muerte de su hermano Fernando VI, debióse que el teatro entrara en una época de auge, iniciada desde el reinado del monarca anterior, bajo cuyos auspicios salió el teatro de una postración lamentable. Debe tenerse presente que en un principio dijimos que la Nueva España siguió, a este respecto, las vicisitudes de su metrópoli: Felipe II declaró pecado mortal representar comedias, si bien en 1644 levantó el entredicho y podían ya representarse, menos las de Lope de Vega *que tanto daño habían hecho a las costumbres*. ¡Qué horror! A la muerte de Felipe IV, la reina madre ordenó nuevamente se suspendiesen "hasta cuando su hijo pudiese gustar de ellas," ¡y este hijo estaba entonces al cuidado de su nodriza! Fue Carlos II, que tan funesto había de ser para la vida del arte, teniendo, como tenía, hipotecados cerebro y voluntad a incurable vesania. ¿Cuál no sería la suerte del teatro mexicano en tales períodos?

El Marqués de Cruillas, el Marqués de Croix y Antonio de Bucareli, patrocinaron esta brillante época para el teatro en México, secundados por don Martín Mayorga, que sucedió al

último y que fue quien fundó la Academia de San Carlos. Le siguió don Matías de Gálvez, fallecido a poco, y, entonces fue virrey don Bernardo del mismo apellido, hijo de aquél y muerto en 1786. Teatro y actores gozaron la benéfica influencia de este espíritu culto, honor de España y regocijo de México.

¡Pobres compañías aquellas, donde las "estrellas" ganaban, por todo un año, de mil a mil seiscientos pesos! Se explica que una de las artistas más en boga dejase por toda herencia —bien valuadas sus prendas de vestir, dinero, etc.—hasta un total de cuarenta y siete pesos, seis reales. ¡Pobres compañías para las cuales había necesidad de establecer las horcas caudinas de vigilancia, a fin de corregir su *vida perra* (sic)! Las representaciones se daban con asistencia de Notario, para levantar las infracciones emergentes.

Entre las celebridades de la época, descuellan Antonia de San Martín, que tanto debía dar que hacer al Gobierno y los públicos, por su talento y por su vida agitada; María Ortega y Rocha, Ana de Híjar y otras.

Entre los actores, Justo Hidalgo Guevara, José Domingo Rosales, y Francisco Carreño. La compañía de que formaban parte, contaba con su cuerpo de baile, orquesta y demás empleados.

Muerto el Conde de Gálvez, tras la breve administración de Haro y Peralta, entró a gobernar el General don Manuel Antonio Flores; hizo poco por el teatro, que sufrió más todavía con el fallecimiento de Carlos III, que tan benéfica influencia había impreso al arte en general (1788). Siguió a este último virrey el segundo Conde de Revillagigedo, y éste tendió su mano protectora a los mal llevados y traídos actores, entre ellos a Bárbara González, condenada a *cinco años de recogidas* por haber solicitado retirarse de la escena; atendió a la policía de los teatros; cuidó de la previa censura de las obras, etc.

No faltaban reyertas entre aquellos actores, más parecidos a forzados del foro, que a sacerdotes de Talía. Así y todo, los cuadros eran homogéneos, y la compañía del Real Coliseo, que actuó en 1793, contaba, además de la San Martín, a Marcela Elizondo, Josefa González, Ana de Castro y otras. Entre sus actores, Fernando Gavila, Juan de Lahenheim, Miguel Zendejas, Nicolás, Jaime y Miguel Meneses; tenía además su cuadro de cantantes y cuerpo de coros.

Revillagigedo, el ilustre, hizo entrega del poder al tristemente célebre Marqués de Branciforte, cuya única huella entre nosotros está representada por la hermosísima estatua ecuestre de Carlos IV, y esta misma

donación debía ser obra de su espíritu servil—ningún monarca mereció menos tal homenaje; estoy por decir que vale más la obra que el *ilustre desaparecido*.

En 1806, fue reformado el Coliseo Nuevo y reforzada su compañía de comedia, en la que figuraban las actrices Luz Vallecillo, Juana Mendoza y los actores Luciano Cortés, y José Duque. Nótese que al hablar de actores no hemos dicho una sola vez "DON;" ni lo podían usar los cómicos, ni nadie se los daba.

En abril de 1806, arribó a México, como mensajero de mejor época para el teatro, la obra de D. Leandro Fernández de Moratín, que, con todo y su afrancesamiento, fue un gran paso en el decaído arte dramático español.

Al virrey Iturrigaray siguió don Francisco Javier Venegas, en cuya época se inició nuestro glorioso movimiento de independencia terminado en 1821; durante ese período apenas si dieron lugar nuestras luchas por la independencia a una que otra manifestación de arte, digna de tomarse en cuenta; el gobierno había abandonado definitivamente el teatro a los contratistas, quedando a merced de los mismos actores y autores que lo prostituyeron a más y mejor, sin poder cargarles en su abono la triste época por que atravesaban. ¿Hasta dónde habría llegado su postración,

que al saberse en México el fusilamiento de Mina, todo el comercio—español por supuesto—se apresuró a celebrar la muerte del ilustre insurgente? Apodaca oyó de pie esa noche las estrofas:

"Odio a Mina, baldón del ibero,
que aborrecen los nobles hispanos . . ."

Desde la Independencia

hasta 1851

Las obras de Moratín, Vega, Calderón y Moreto, inician los espectáculos teatrales, una vez consumada nuestra independencia.

Funcionaban por aquel entonces los siguientes teatros: El Real Coliseo, el Provisional o Moderno llamado de Los Gallos, y otros de ínfimo orden.

En el Provisional trabajaba Diego María de Garay, con tanto éxito, que decía un periódico de la época: "Este teatro se hundirá con el peso de tanta concurrencia, pues todo él es de madera."

Por su parte el público demostraba que no en balde había recuperado su libertad: reaccionó contra las *follas* (pasos de comedia inconexos mezclados con otros de música), *tonadillas* y bailes soeces, que había sido

costumbre intercalar en las piezas serias.

La competencia establecida entre el Coliseo Nuevo o Principal y el Provisional, fue por extremo provechosa: en este último se cantó por primera vez *El barbero de Sevilla*, y, para la temporada de 1826, Andrés Prieto entró de lleno en un camino de reforma teatral, imprimiendo a la declamación nuevas corrientes: Fue discípulo de Maiquez, el amigo de Talma.

En unión de la Santa Marta, Prieto inició una brillante temporada en que las obras del teatro clásico español, las de Alarcón, Moratín y Goro-tiza, sacaron de su postración nuestra escena y dispusieron al público a más edificantes espectáculos que los que hasta entonces le habían satisfecho. En ese teatro pudieron desplegar sus aptitudes, encadenadas entre la baja raigambre del teatro del siglo XVIII, Bernardo AVECILLA, Juan SALGADO, Josefa DOUBREVILLE y Soledad CORDERO.

La actriz mexicana de este nombre nació en México el 11 de marzo de 1816. Debutó como bailarina a los nueve años, y como dama joven en 1829, bajo la dirección de la célebre actriz doña Agustina Montenegro.

Crónicas de la época hacen este balance de su labor: "Sin tomar en cuenta actrices extranjeras, es la mejor que hemos tenido. Completa se-



Soledad Cordero

renidad en la escena, extraordinaria finura, dignidad y nobleza en la acción; gracia y elegancia en el vestir. *Un novio para la niña, La familia de Darío, La reina de 16 años, Muérete y verás*, son verdaderas creaciones de la bellísima actriz."

Un incendio dió al traste con el Teatro Provisional, cuyo techo era de tejamanil; pero, reedificado a poco, siguió, con beneplácito del público, su loable competencia con el Principal. La reconstrucción del Provisional se efectuó en 1825.

En este teatro se estrenó al año siguiente la tragedia "Selim" de LUIS ANTEPARAN, bien mediocre por cierto; pero en justa compensación, en ese año y en el mismo coliseo, el inmenso José María de Heredia estrenó su *Tiberio*, y porque fuera ese teatro favorecido de la suerte, en él actuó la compañía de ópera de García, padre de la célebre Malibrán, cantándose las obras más en boga del viejo mundo, mientras el Principal, reincidiendo en su pecaminoso pasado, se refocilaba con *La huérfana de Tlalnepantla, El Babú* y algunas otras sandeces.

En 1830 el gobierno volvió a impartir ayuda al teatro, y gracias a él y a nuestro EDUARDO DE GOROSTIZA, Ministro de México en Francia, la escena recobró algo de su auge de mejores días: pudieron oírse a Galli y a la eminente Pellegrini.

El 6 de agosto de 1832, se dió el primer caso de cólera morbo; "el cólera grande," es la designación dada entre el vulgo a la epidemia de ese año. ¡Cuán terribles serían sus estragos, que, según crónicas de la época, el día 17 de ese mes murieron 1219 personas!

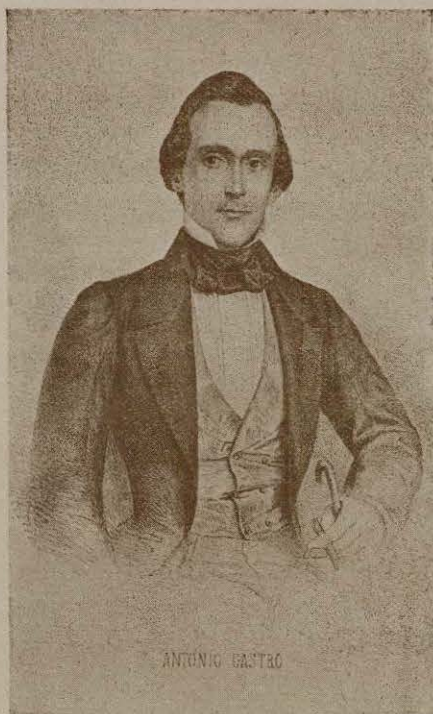
En 1834 llegó a México Goroztiza, entregándose de lleno a galvanizar nuestros espectáculos dramáticos que tanto lo habían menester.

En esos días, y para nuestra gloria, apareció un astro, quizá el único de primera magnitud, en la escena dramática: el célebre actor Antonio Castro, discípulo de Avecilla. Nació en Guadalajara y debutó en México con *La madrastra*, traducción de Goroztiza, que fue el protector del aplaudido debutante.

Fueron sus padres el coronel Antonio Castro y doña María Montes de Oca.

En lucha con las preocupaciones de familia, hubo de vencer su vocación por la escena e ingresó a un conservatorio establecido en aquel entonces (1831) bajo los auspicios del Gobierno y dirigido por los señores Bernardo Avecilla y Andrés Pautret.

El Conservatorio desapareció en breve, pero Castro pudo encontrar en Goroztiza protección, y, gracias a ella, sus vuelos de artista viéronse coronados por un aplauso siempre creciente.



Antonio Castro

El arte nacional abría un amplio horizonte a los peregrinos ingenios de Lagunza, Navarro, Pesado, Rodríguez Galván, Calderón, Tovar, Prieto, Payno, Riva Palacio, Mateos, Larrañaga y tantos y tantos otros más que poco a poco empezaron a cruzar por nuestros carcomidos escenarios para regocijo de la patria musa.

Soledad Cordero, y Antonio Castro fueron los paladines de tan noble empresa, y en 1841 se unió a su estela de aplauso la de Concepción Molina, Francisco Pineda y otros artistas más.

México contaba ya con un nuevo teatro conocido con el nombre de Nuevo México, sito en las calles que hasta hoy llevan ese nombre; en él se representó por primera vez *El torneo*, de don FERNANDO CALDERÓN con extraordinario buen éxito. Nació Calderón en Zacatecas, que, por más señas, no levanta aún a esta gloria del arte nacional un monumento digno de su nombre.

Este mismo año cantaron en México la Castelán, la Ricci y Giam Pietro.

En junio se estrenó *Muñoz, visitador de México*, de RODRIGUEZ GALVAN. Bien desafortunado fue este poeta, arrebatado, como los elegidos, en plena juventud. Murió de *vómito* en la Habana después de un calvario de miseria y cuando tanto y tanto se